

Apénas acabó de hablar Dumont, cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija, á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las mas tiernas caricias. Se sirvió despues una excelente comida, y la tarde se pasó en explicaciones y examinar todas las piezas del castillo. ¿Quién podrá referir la alegría de madama Dumont? Amigo mio, decia fuera de sí á su esposo, ¡ qué mutacion ! ¡ qué feliz soy ! ¡ qué esposo tan noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos, y procuraré merecerlos elevando mi alma hasta la cumbre de la virtud. Cumplió muy bien su palabra, pues continuó siendo un modelo de ternura conyugal y de virtudes domésticas. Como sabía lo que era el campo, amaba á las gentes que lo cultivaban; quiso vivir en su castillo, y por consiguiente no léjos de su querida aldea, haciendo felices á todas las buenas gentes de aquellos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reune todas las perfecciones; con ella voy á casarme : sí, amigos míos ; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradar á su hija, y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra union. Mañana pienso llegar á casa de Mr. y madama Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia, la cual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, haciendo una sencilla confesion de sus defectos; su hija tiene en ella una viva leccion de moral, para arreglar su conducta con el esposo que se le prepara : ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos ejemplos á su vista.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relacion del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al dia siguiente se despidió el forastero de Palemon, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.

TARDE XXVIII

EL DESPRENDIMIENTO.

El hombre que de cristiano
Se precia, y la caridad
Ejerce sin vanidad,
Nunca abandona á su hermano.
Con esmero sobrehumano
Le remedia en la indigencia ;
Y si quizá en su conciencia
De proteccion y favores
Le es deudor, otros mayores
Le prestará su prudencia.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del emparrado, sustituyéndolas por las sérias veladas que pasaban dedicados cada uno á aquellos ejercicios y labores que mas convenientes les parecieron. Á la vuelta de la primavera anunció Palemon á sus hijos que apénas el tiempo lo permitiese, volverian á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin, una mañana anunció á su familia que aquella tarde habria reunion en el terrazo, y no dejaria de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis : en él buscaremos, les dijo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría; corren á sus respectivos estudios, pero suspiran por la llegada de la tarde, que

debe ser el principio de sus antiguas satisfacciones. Entre tanto llegó la hora de comer, y Palemon se presentó en la mesa taciturno, dando muestras de alguna oculta inquietud; suspiraba, y no podía tomar alimento: los muchachos advirtieron su alteracion, pero respetando el dolor de su padre, no se atrevieron á preguntarle la causa, y se revistieron de una seriedad muy conforme á la melancolía de su padre, pareciendo que el disgusto que le oprimia habia pasado á sus tiernos corazones. Se miraban unos á otros, y temian aparecer indiscretos si aventuraban la mas leve pregunta; al fin su padre les habló en estos términos:

Hijos míos: os habia prometido emplear una gran parte de la tarde en alguna lectura agradable, pero no puedo cumplirlo por la palabra, porque no podré acompañaros; procurad divertirlos útilmente, que yo quiero quedarme solo en mi cuarto, y entregarme enteramente á mis tristes reflexiones.

Armando se arriesgó á decirle: ¿Pues qué tenéis, padre mio? ¿os ha sucedido alguna desgracia repentina? Esta mañana, y aun ahora poco, estabais tranquilo, y brillaba la alegría en vuestro semblante; decidnos, ¿qué tenéis? Nadie ha venido que haya podido daros una mala noticia. — ¿Nadie, hijo mio? ¿pues el mayoral no me ha traído una carta? — Es verdad, no me acordaba; yo mismo os la entregué; y si hubiera sabido que podía ser causa de vuestro disgusto, no os la hubiera dado. — Hijo mio, perdono tu imprudencia á favor del motivo que la ocasiona: ¡sustraer una carta á su padre! ¡qué horror! — Perdonad, porque si yo... — Basta: acabo, hijos míos, de recibir una noticia desagradable, que debo comunicaros; y aun deseo saber vuestro parecer acerca del modo con que debo proceder en este asunto: atended.

Soy hijo de un labrador de corto caudal. Murieron vuestros abuelos cuando, sobre poco mas ó ménos, tenia yo la misma edad que Armando. Recogí mi corta herencia; pero no me bastaba para comprar una granja, y ponerme á la cabeza de una casa: ¿qué habia de hacer en tales circunstancias? trabajar toda mi vida para otros; pero no fué así, pues la Providencia, como á Pedro Devíñes, padre de los tres peregrinos, cuya historia habéis leído, me envió un bienhechor, un segundo padre.

Un día me hallaba solo en el bosque, y reclinado sobre un árbol pensaba en mi fatal situacion..... pero debo prevenirlos, que entónces amaba yo á vuestra madre, cuyo padre se hallaba aun mas indigente que yo, por lo que no se podia verificar nuestro enlace.

Este día, pues, que lamentaba en el campo mis desgracias, un caminante que pasaba á caballo junto á mí, se detuvo á mirarme. Absorto en mis tristes pensamientos, no reparé en él hasta que habiendo desmontado se me acercó á mí, me dió un golpe en el hombro, y me dijo: ¿Qué tenéis, amigo? lo profundo de vuestra melancolía ha llamado mi atención; he conocido vuestra pena en vuestros suspiros; por eso me he acercado, y quisiera saber cómo siendo tan jóven tenéis ya motivos para los dolorosos sentimientos que indican vuestras lágrimas. — Nada me preguntéis, señor, le respondí; no podéis vos interesaros en mi pena, y mucho ménos remediarla. — ¿Y por qué no? ¿qué sabéis si tengo intencion y medios para hacerlos dichoso? á no ser que un amor desesperado..... pero en vuestra edad no es regular... sin embargo, si esto fuese, aun se podría..... — Sí, señor; amo, y no puedo alcanzar el objeto de mi ternura. — ¿La jóven ama á otro? — No, señor; ántes bien corresponde á mi cariño. — Ya, ¿conque vuestro padre será el que?... — No, señor, soy un miserable huérfano. — Luego el padre de ella es el que se opone. — Sí por cierto; ¡es un hombre tan codicioso! sobre no dar nada á su hija, quiere que el que sea su yerno tenga mucha hacienda. — Y vos ¿nada tenéis? — Muy poco. — Y cuánto dinero necesitáis para casaros?

Á esta pregunta miré con mas atención al forastero, como para preguntarle si su intencion era el burlarse de mi desgracia; porque estaba muy léjos de pensar que pudiese ofrecerme la menor suma: entónces me dijo: ¿Por qué me miráis así? ¿os figuráis que sea mi ánimo insultar á los desgraciados? Cuando os preguntó qué necesitáis para obtener la mano de vuestra amada, ¿creéis que es para engañaros, ó para daros aquí mismo neciamente el dinero, sin informarme si merecéis mi proteccion? Amigo mio, yo exijo confianza, y nadie ha dejado de tenerla conmigo.

El tono áspero con que pronunció estas palabras me intimidó; conocí que habia ofendido la delicadeza de este hombre, y sin responderle hice un movimiento para retirarme; lo advertió él y me preguntó: ¿Vivís en esa aldea que se descubre desde aquí? — Sí, señor, le respondí. — Podéis marcharos.

Eché á andar, y él me siguió, llevando su caballo del diestro. Llegámos al pueblo sin habernos hablado una palabra, y á su entrada me preguntó cómo me llamaba: yo que no tenia motivo para ocultarle mi nombre, le dije: Me llamo Palemon, y aquella humilde choza es mi albergue.

Dejóme, y por espacio de algunos días no le volví á ver; mas

una mañana que iba á salir á mi trabajo, me dijeron que me esperaba en su casa el notario del pueblo. No sabiendo qué podia querer de mí el notario, dudé si iria á verle; pero al fin me resolví, y quedé sorprendido al hallarle acompañado de mi desconocido, el cual, corriendo hácia mí, me dió un estrecho abrazo, diciendo: Estoy informado de vuestras cualidades, y sé que por ellas sois generalmente estimado en esta comarca: hallándome gravemente enfermo, hice voto de dotar, si sanaba, á un matrimonio virtuoso, y no puedo cumplir esta obligacion mejor que ofreciéndos veinte mil libras, que hacen la cuarta parte de mis bienes... — ¡Cómo, señor? — Sí, amigo mio; me veia á las puertas de la muerte, y prometí á Dios lo que he dicho; vos seréis el agraciado con mi promesa. El padre de Justina, á quien he hablado, vendrá luego con su hija, y yo haré vuestra felicidad, comprando para vos la granja de los tres olmos, y casándoos con la que amáis.

Aturdido de tan impensado suceso, quedé sin poder pronunciar una palabra y casi sin sentido, entre los brazos de mi bienhechor, cuando se presentó Justina acompañada de su padre, el cual me dió el titulo de hijo y de amigo. El notario extendió nuestro contrato y la escritura de adquisicion de la granja, que es esta misma que yo he aumentado despues considerablemente; y el forastero, que se llama Mr. Delacour, se despidió de nosotros, despues de haberlo pagado todo, sin querer decirnos ni su estado, ni el lugar de su residencia, para evitar, segun dijo, hasta nuestro agradecimiento, del cual nos dispensaba por no haber hecho mas que cumplir con su obligacion.

¿No es este, hijos míos, un hombre raro? muy pocos se hallan en el mundo que se le parezcan. En fin, vuestra madre y yo no volvimos á saber de él, á pesar de las muchas diligencias que hicimos para ello; y aun permaneceria yo en la misma ignorancia á no ser por la carta que he recibido, que me pone en la mayor consternacion: oid su contenido, y juzgaréis despues segun vuestros alcances.

« Muy señor mio: Creo que no habréis olvidado al hombre generoso que os casó dotándoos en veinte mil libras; por esta razon debo participaros que ademas de hallarse agobiado con el peso de muchos años, y rodeado de cinco hijos que todavía no están en disposicion de poder socorrerle, acaba de ser arruinado á causa de una quiebra fraudulenta: su familia está poseida del mas intenso dolor: no debo decirlos mas sabiendo, como sé, la delicadeza de vuestros sentimientos. Venid á verme, y dis-

» pondremos juntos los medios mas á propósito para el alivio de
» mi amigo Delacour, á quien yo nada puedo dar por la estrechez
» en que me hallo. Él no sabe que os escribo, pues he descubierto
» vuestra habitacion y la conducta de mi amigo para con vos, re-
» gistrando sus papeles para examinar si le quedaba algun recur-
» so; pero no tiene ninguno. Una nota de lo que os dió, me ha
» instruido de todo. No dudo de vuestro agradecimiento (pues
» no puede faltar en un hombre tan honrado) como el único re-
» curso de este infeliz. Paris, etc. — Bertier. — Calle de Harley,
» núm. 30. »

Me parece, hijos míos, que en semejante caso tengo obligacion de volver á Mr. Delacour las veinte mil libras que me dió. — No hay duda en ello, exclamó al instante el jóven Leon, á quien su padre sonriéndose, dijo: Bien debia yo esperar que este fuese tu dictámen; los artistas y literatos generalmente son desinteresados; pero reflexiona, hijo mio, que no tengo esa cantidad, ni puedo proporcionármela sino vendiendo esta granja, que pensaba dejaros. — Es preciso venderla, padre mio, dijo Adela; las deudas de la gratitud son sagradas. — Poco á poco, contestó Benito, porque ántes es preciso examinar si esto es ó no deuda. — Deuda es, dijo Julio; ¿no es un dinero adelantado?

BENITO.

Dado.

ADELA.

Prestado.

LEON.

Para un hombre como nuestro padre, es un dinero puesto á ganancia.

JULIO.

Adelantado, dado ó prestado, son para mí en este caso una misma cosa, porque Mr. Delacour no debia esta suma á mi padre; y todo lo que se recibe no perteneciéndonos, se queda á deber.

BENITO.

Pues qué, ¿un hombre no puede hacer lo que quiera de su dinero? Conforme se lo dió á mi padre, pudo muy bien enterrarlo.

LEON.

Es verdad, y la tierra le hubiera sido mas agradecida que tú, pues se lo habria devuelto.

BENITO.

¡ Buen modo de responder ! Leon, yo no quiero decir...

ARMANDO.

Todos disputáis, y para ello no consultáis la razon. Si padre lo permite, diré libremente mi parecer, aunque no sea muy del agrado de Adela, Julio y Leon.

PALEMON.

Habla francamente, hijo mio.

ARMANDO.

Pues señor, vos no habéis ido á buscar á este hombre tan digno de estimacion ; nada le habéis pedido : él os ha ofrecido, y aun en cierto modo precisado á aceptar en virtud de la legitimidad del motivo que le hacia obrar ; él habia hecho un voto, y lo cumplió en beneficio vuestro ; no habéis contraido deuda alguna, porque apénas hizo el voto ya aquellos bienes no le pertenecian, y eran patrimonio del que eligiese para entregárselos, que fuistes vos por casualidad. Si Mr. Delacour os hubiese dicho al ponerlos en vuestras manos : Cuando me halle necesitado os los pediré ; y vos hubierais prometido entregarlos, en el dia teniais que desprenderos de todos ; pero no ha sido así : nada habéis prometido, ni creo que os hubierais atrevido á prometer el restituir lo que los sucesos inciertos podian hacer imposible. El contrato de adquisicion de vuestra granja, ¿ contiene alguna cláusula que exprese ser un adelanto, préstamo, ó cosa semejante de Mr. Delacour ? ¿ os compromete á alguna restitution ? no por cierto : luego en razon y conciencia, á nada estáis obligado sino al agradecimiento regular, y así podéis enviarle los socorros pecuniarios que pudieris sin arruinar vuestra hacienda : esta es mi opinion.

BENITO.

Esto sí que es hablar : y sin decir cosas picantes : ¿ lo oyes Leon ?

LEON, meneando la cabeza.

Ya lo oigo ; pero todo eso me parece mas especioso que verdadero.

PALEMON.

Habla, pues ; explicate mas claro.

LEON.

Temo desagradar á mi hermano Armando.

ARMANDO.

No, amigo mio ; por nada me resentiré.

PALEMON.

En el exámen de un asunto, cada cual tiene libertad para exponer su dictámen : dime, pues, qué es lo que hallas especioso mas que verdadero en el parecer de tu hermano.

LEON.

Dice Armando que apénas hizo el voto Mr. Delacour, ya no eran tuyas las veinte mil libras ; pero por eso ¿ eran vuestras ? no : procurasteis saber la residencia de este hombre generoso ; ¿ y qué fin os movia á ello ? me parece que el de reintegrarle algun dia lo que os habia dado : luego sin duda conociais que esta suma en rigor no era vuestra ; y así, el volvérsela me parece un acto de justicia. ¿ No os casasteis con este dinero ? ¿ no habéis triplicado con él vuestra hacienda ? Estas solas razones os empeñan mas á la restitution : los que piensan de otro modo, no conocen la delicadeza, ni recuerdan que deben responder ante el Criador de todos los extravíos de probidad y reconocimiento, y que la ingratitud es el mas vil y despreciable de todos los vicios que caben en el corazon humano.

PALEMON, sonriéndose.

¡ Mucho se inflama nuestro jóven poeta ! pero no piensa que para restituir es forzoso que yo me deshaga de esta granja que amo, que fué mi asilo nupcial, cuna de mis hijos, quienes debian trasmitirla á los suyos como su antiguo paternal albergue. Si no puedo acabar en ella mis dias, conozco que el dolor apresurará mi muerte.

BENITO.

¿ Lo oís, señor Leon ?

ARMANDO.

Conservadla, padre mio.

ADELA.

Tomad prestado sobre ella, porque es preciso restituir.

PALEMON.

¡Pasaba en ella dias tan felices ! me complacia en perfeccionarla; todos sus árboles los he plantado yo mismo.

ADELA, JULIO Y LEON.

Pero debéis veinte mil libras.

PALEMON.

Cuando la muerte, me decia á mí mismo, haya descompuesto mi ser, junto á la cuna de mis hijos se colocará mi sepulcro. Allí, en medio de aquellos empinados álamos, en las orillas de aquel arroyo coronado de sauces, me elevará un monumento la piedad filial; grabarán en él mi nombre, y en cierto modo me hallaré todavía presente en el lugar donde instruí su juventud: ¿y he de privarme de tan dulce esperanza?

ADELA.

Pero ¡ aquel anciano, padre mio, aquel anciano indigente !

JULIO.

Se halla enfermo, arruinado, y es muy digno de compasion.

LEON.

Tiene hijos, cuya herencia está en vuestro poder.

BENITO.

Nada tienen aquí que reclamar.

ARMANDO.

Se les puede auxiliar sin arruinarse.

PALEMON.

Mucho me alegro, hijos míos, de la franqueza con que os habéis explicado, pues ella muestra la confianza con que me tratáis. Voy á reflexionar la conducta que debo observar, y correspondiendo á vuestra ternura, os participaré mi resolución: esta tarde os reuniréis en el terrazo...

ARMANDO.

Pues qué, ¿ no estaréis con nosotros ?

PALEMON.

Sí, sí; iré un rato; procuraremos distraernos, y tal vez en medio de vosotros olvidaré el nuevo cuidado que causa mi inquietud.

Todos los muchachos á competencia abrazaron á su padre, y despues cada uno se retiró á su respectiva tarea. Palemon se encerró en su cuarto, donde reflexionó sobre la experiencia que habia hecho del modo de pensar de sus hijos, y se proponia dar una nueva leccion á aquellos cuya opinion no le habia gustado: pronto veremos si la de Armando ó la de Leon se llevaron la preferencia.

Á la hora que el padre les previno se reunieron los muchachos, y se preguntaron recíprocamente si alguno de ellos habia visto á Palemon: no ha salido todavía de su cuarto, se respondieron unos á otros. Se miraban inquietos, y no podian entregarse á sus juegos acostumbrados. Iban á pasar una tarde muy enfadosa si Dios no lo remediaba. Por fortuna la buena vieja Marcela se les presentó con un hombre bien vestido, que daba el brazo á una mujer jóven, la cual traia un niño entre sus brazos. Armando preguntó á Marcela quiénes eran aquellas gentes; y esta le respondió: Son unos caminantes perdidos y cansados: no vemos aquí otra cosa: ya no falta sino poner una muestra sobre la puerta de la casa, para que sepan todos que es una posada comun. Poco á poco, Marcela, dijo Leon: sabed que la hospitalidad se convierte en insulto cuando no se franquea con buena voluntad: nada digáis á mi padre, porque está ahora ocupado; despues verá á nuestros huéspedes cuando baje; lo que importa es que les traigáis algun refresco, y les dispongáis cuarto.

Marcela se retiró regañando y diciendo entre dientes: ¡Ho! ¡ qué tono toma ya este picaruelo! Armando invitó á los caminantes á sentarse en medio de sus hermanos, y la jóven Adela tomó en su regazo al niño para descansar á la madre, que parecia muy fatigada: el mismo Armando preguntó al hombre: ¿venís de muy léjos? — De Auvernia: hace doce dias que salí de allí con mi esposa y el niño que ella misma cria. No habiendo podido alcanzar el coche público en la ciudad inmediata, hemos resuelto ir á pié hasta el primer pueblo, del que mañana debe salir otro carruaje; pero nos hemos extraviado en el bosque, y sabiendo que todavía tenemos que atravesar otro, viendo acercarse la noche nos hemos tomado la libertad de llamar á vuestra casa, para pedir albergue á vuestro padre.

Y os le concederá gustoso, dijo Leon, y nosotros tambien; porque es una obligacion que nos complacemos todos en cumplir. — Ménos vuestra ama de gobierno. — Es verdad; pero no se la hace caso: á veces es insufrible; algun dia tengo de hacer una sátira contra ella. — ¿Una sátira? ¡hola! ¿conque hacéis versos? — Sí, señor, responde Benito, hace versos; ha dado en esa manía: nosotros tambien los haríamos, pero no queremos ridiculizarnos. — ¡Ridiculizarse! contestó el forastero; ¿á la poesía llamáis ridiculez? pues yo no tengo vergüenza de confesar que tambien algunas veces incurro en esa ridiculez. — ¿Conque componéis versos? repuso Leon, lanzando una terrible mirada á Benito. — Algunas veces los hago, amigo mio; pero no es esta mi principal ocupacion. Mi profesion es la pintura. — ¡Oh qué bello arte! ¿y venís de Auvernia? ¿Se pinta tambien en ese país? — Como en todos los demas; y puedo deciros que pintando las bellezas naturales, que abundan en su comarca, encontré á mi querida esposa: sí, amada María, á mis pinceles debo tu posesion.

Entónces los muchachos rogaron al extranjero que miéntras venia su padre les contase cómo se habia hecho su casamiento por medio de la pintura. Convino el extranjero; pero habiéndose presentado Marcela con algunos refrescos, la jóven esposa del pintor pidió licencia para retirarse al cuarto que les estaba destinado, á fin de dar de mamar á su niño y aviarse: salió pues con Marcela; los muchachos rodearon al pintor, que principió su historia en estos términos:

Historia de la familia de Auvernia

Nací en Paris: mi padre, que se llamaba Vertpré Dermevil, no tenia mas hijos que á mí y hacia muchos años que se hallaba viudo. Despues de haber traficado largo tiempo, dejó su primera ocupacion, en la que adquirió bastante riqueza; pero no creyéndola suficiente para establecer á su hijo, se dedicó al cambio de letras. Me dió una esmerada educacion; la música, la esgrima, el baile y el dibujo ocupaban los ratos ociosos que me permitia el estudio de las letras humanas que seguia en una casa de pensionistas. Adelantaba bastante en todo; pero mi carácter melancólico, mi aficion á las maravillas de la naturaleza, y mi inclinacion á la soledad, me decidieron por la pintura, á la que me entregué exclusivamente. No podia sospechar que un arte que cultivaba por gusto, habia de ser algun dia mi único recurso para subsistir, aunque verdaderamente, tales cosas suceden con frecuencia en el mundo.

Tenia veinte años, y no trataba sino de pintar y hacer versos, que eran mis dos inclinaciones dominantes: no pensaba en tomar estado alguno, ni mi padre me habia hablado de ello jamas; ántes bien, enorgullecido con mis progresos, no hacia sino estimularme á continuar mis ocupaciones. Observé que hacia algun tiempo que estaba muy triste; conocí que le dominaba algun grave cuidado, y un dia me atreví á preguntarle qué era lo que le afligia; pero la respuesta que me dió fué el derramar algunas lágrimas, dejarme y encerrarse en su gabinete. Creí que aumentaria su afliccion con preguntas importunas, y por respeto reprimí mi curiosidad. Como yo pasaba muchos dias y noches enteras pintando ó leyendo, una de ellas, que estaba embebido en las poesías de *Osian*, oí mucho ruido en el gabinete de mi padre, cuyas ventanas se hallaban en frente de las mias. Nada podia ver por estar echadas las cortinas; pero la luz se movia continuamente; se oia el ruido de abrir y cerrar gavetas, de rasgar papeles, y quejarse armargamente. Asustóme su estado, me acerqué á la puerta del cuarto, llamé dándome á conocer, mas no me respondió; por la cual me retiré, resuelto á madrugar para hablarle; pero la fatiga y el desvelo de algunas noches que habia perdido, me sepultaron en tan profundo sueño, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, á cuya hora sentí que llamaban á la puerta de mi cuarto.

Abrió y entró Contois, criado de toda nuestra confianza: parecia agitado de alguna grave inquietud; traia un billete en la mano, y me le alargó diciendo: Leed ese papel, y seguidme; abajo tengo dispuestos dos caballos; no hay que perder ni un momento. Tomé temblando el papel, que decia así:

« Várias quiebras fraudulentas, hijo mio, son causa de la mia; »
» me veo perdido y te confundo en mi ruina: sigue á Contois, »
» quien te conducirá adonde me hallo. »

Quise volver á leer el billete; pero me lo estorbó Contois, diciéndome: Vamos, señor, que ya están allí... — ¿Quiénes? — Los esbirros, los escribanos, los diablos, ¿qué se yo? toda la caterva de ministros infernales. — ¿Pero adónde vamos? ¿dónde esta mi padre? — Muy léjos de aquí, pero le alcanzaremos.

Y sin tomar mas que las poesías de *Osian*, que aun estaban abiertas, montámos á caballo y no parámos dia y noche hasta llegar á Moubriin en el Borbones, donde hallé á mi padre, á quien la pesadumbre tenia ya á las puertas de la muerte. Hijo mio, me dijo, en esa cartera hallarás el estado de mis negocios; liquida mis cuentas: nada te quedará, pero tienes talento y sabrás aprove-

charle... Lo que mas siento, continuó, es mi desdichado... no... no... te avergonzarias de ser hijo mio... y sin decir una palabra mas espiró dejándonos en la duda de lo que podria significar aquel secreto que no pudo desprenderse de sus labios. Volvi á Paris, reuní los acreedores, realicé los créditos, satisfice á todos, y vinieron á quedarme poco mas de cien doblones.

Terminados todos mis negocios en Paris, quise visitar el sepulcro de mi padre, y despues me propuse recorrer la Auvernia y tomar de sus montañas los mas bellos paisajes. Estando en la parte mas árida de aquella comarca, un dia se exaltó de tal modo mi imaginacion recorriendo aquellos hermosos puntos de vista, que no advertí que la noche se adelantaba, y ya era bien oscuro cuando recordé que me hallaba en un lugar solitario léjos de la carretera; eché á andar con ánimo de buscar el camino, pero á cada paso me separaba mas de él. Por fin vi una luz, y dirigido por ella llegué á una cabaña que vi abierta, y dentro cinco personas cenando al rededor de una rústica mesa. Un caminante extraviado, les dije, implora vuestra generosidad para obtener un asilo. — ¿De véras? preguntó el amo de la cabaña. ¿De véras os habéis perdido? ¿no traéis armas? Mis armas son estas, dije enseñándole los pinceles. — Querida mia, me parece hombre de bien; vaya, quedaos y perdonad nuestro recelo, porque andan por aqui muchos pícaros, y estamos léjos de poblado: María, trae un vaso; y vos, señor pintor, sentaos á nuestra mesa.

María era su hija mayor, la miré y el amor penetró por primera vez en mi corazon: vedla aquí; ahora es mi esposa.

María, como os iba diciendo, se levantó, y con la mayor afabilidad y modestia me presentó un vaso, y yo me senté en medio de aquellas buenas gentes. La cena fué alegre y luego...

Al llegar á esta parte de la narracion del viajero llegó Palemon, y como advirtió que Vertpré y su mujer estaban fatigados, los obligó á retirarse á descansar, rogándoles se quedasen un dia mas en su casa, á lo que accedieron. El resto de la tarde le emplearon los niños en juegos inocentes á presencia de su padre, quien nada les dijo de lo que habia resuelto acerca del asunto de Delacour.



LA DELICADEZA